

ENIGMAS DE LA IMPERFECCIÓN, DE CARLOS FRANCISCO MONGE, EL POETA CIVIL

Juan Durán Luzio

RESUMEN

En este artículo se presenta el último poemario de Carlos Francisco Monge, *Enigmas de la imperfección* (2002), y las reminiscencias grecolatinas y españolas que este poeta entreteje, presentándonos la verdad compleja de la condición humana.

Palabras clave: Carlos Francisco Monge, *Enigmas de la imperfección*, poesía costarricense.

ABSTRACT

In this article, the latest poem collection by Carlos Francisco Monge, "Enigmas de la imperfección" (2002), is presented. The Greco-Roman and Spanish reminiscences that this poet interweaves convey the complex truth of the human condition

Key words: Carlos Francisco Monge, *Enigmas de la imperfección*, Costa Rican poetry.

El poemario *Enigmas de la imperfección*, publicado por las prensas de la Universidad Nacional en el 2002, fue entonces muy bien recibido por la crítica y poco después se confirmaron esas opiniones al recaer sobre su hermosa cubierta el premio Aquileo Echeverría como el mejor libro de poesía del año.

Ingresemos en él, pues, con admiración y respeto. *Enigmas de la imperfección* se abre con un singular soneto titulado "Icor de la poesía", a modo de portal, al principio y en itálicas, como resaltada su singularidad y su función; singular, sobre todo, porque cada uno de los catorce versos está compuesto por palabras que comienzan con la misma letra. Así reza el primer cuarteto: "Icono irreverente invoca, indócil, / como cordial camino constelado; / ocupa oscuridades, oye, oficia / rituales refulgentes; rompe rejas".

De este modo audaz se irá apelando a la poesía, a las esencias de la lírica, porque *icor*, nos enseña el diccionario, además de ser la mitológica sangre liviana de los dioses, es la "denominación aplicada por la antigua cirugía a un líquido seroso que resuman ciertas úlceras malignas..." He ahí, pus o ambrosía, el filtro maligno de la poesía, lo que mana de ella,

cuanto siempre ha manado de su fuente: la verdad compleja de la condición humana, el sitio contradictorio de existir en el espacio de esos límites, en lucha siempre con las palabras: “incertidumbre, irradiación, injuria, / altar, adipsia, aturdimiento, azar”. Con tal empeño por definir su materia -lo que nos hace recordar la primera página de *El arco y la lira*, de su admirado Octavio Paz- concluye Carlos Francisco Monge el portal de ingreso al libro.

En adelante, se mantiene el poeta en disputa con las palabras, enfrentado con la materia que amasa, labor sin la cual, lo sabemos muy bien, aunque haya buenas ideas o imágenes sutiles, no habrá buena poesía: de ahí, crea el sentido del enigma, del desafío contra el lenguaje declarado por el artista a manera de introducción, advirtiéndonos de su duelo en pro de una comunicación honesta, del sentido de su entrega a la orfebrería de las palabras y su magia en pos de su verdad.

El resto del poemario responde a la propuesta del título, y su lectura no nos dejará olvidar que somos imperfectos y pequeños; y sin embargo, ahí vamos, aspirando a la perfección, al menos, a ciertos atisbos de perfección, o a soñarnos en ella: aunque siempre nos quedemos en el camino: por allí, en algún lado, en alguien, está la piedra en que tropezamos. Después, según el llamado eterno de la vida, trataremos de levantarnos para seguir adelante en esa ruta que el tiempo determina. Ese tiempo que -nos advierte el poeta-

Nada lo detendrá.
Es como un sueño de caballos que en
desenfrenado
arrebato nos prende y atropella,
que nos huye y nos cerca (33).

Sí, lo sospechamos: es la historia de Cronos devorando a sus hijos, con invariable regularidad: su banquete por el paso inexorable de los días. Y aunque cruel, es saludable que el poeta nos recuerde ese combate incesante en casi cada una de sus agudas estrofas; también habrá girones de luz, días únicos. Así es también este conflicto para el escritor, para el poeta. Menos implacable tal vez, pero acaso más presente, más acosante: Sísifo tratando de elevar su roca, inútilmente, hasta la cima. Aunque, claro, hay días felices en que el poeta se convierte en el mensajero, como se confiesa con ironía en el poema titulado “Arcángeles”:

Los poetas no sirven para nada.
Son antiguas costumbres,
maderas desconchadas,
pliegos de carnaval que al viento olean
su estrella desteñida.
Tocan, huelen, sopesan las palabras,
y ocultan con pudor su oprobiosa cojera.
No saben de ornamentos:
de alféizar a dintel, de sotabanco a zócalo,
saltan como marmotas,
penando adormecidos.
Pero en los días grises,
cuando los ríos suenan a chillidos siniestros,
y el frío de la mañana
husmea, y huele a sombras el espanto,
ellos vienen felices, con su pan, sus antorchas,
su corazón en paz,
como ángeles hermosos, sosegados;
como dioses huraños pero sabios de amor (41).

Aunque sean escasísimos esos días felices, el contento de la creación compensa como nada en este trayecto de imperfecciones que, entre altos y bajos, debe continuar.

“Todas íbamos a ser reinas, / de cuatro reinos sobre el mar”, nos recuerda Gabriela Mistral en unos versos sobre aquellas sus amiguitas de infancia que en la ronda de la escuela soñaban con su porvenir. Solo a una tocó la brillante varita de la diosa Fortuna: la que venía con el don de la poesía entre sus labios. Pero, ¿y el resto? Al resto no le quedó más que seguir la rutina del pueblito polvoroso del que no pudieron salir; aunque igualmente tuvieron que vivir sus vidas.

El hombre común, digamos, el que camina por alguna acera de ciudad de México, de San José, de Buenos Aires, aquel que sabe que la lucha es cruel y es mucha, pero lucha y se desangra por la fe que lo empecina, ese que no tiene más que seguir la inercia de sus pasos, ¿qué lo espera?; ¿y cuál es la fe que lo empecina? Tal vez no otra que la sencilla certeza de existir hoy para tratar de existir mañana; ser hoy lo que soy para soñar con ser otro mañana. Otro más rico, más sabio, más amado... En fin, enigmas de la imperfección de la vida.

Tal es el aviso que nos viene repitiendo este libro profundo y mordaz, optimista, sin embargo, porque confía en la victoria del momento único y luminoso, pleno y revelador. Por eso creo que aunque los poetas no sirvan para nada, son ellos quienes menos cesan en esa lucha contra la imperfección -¿o debo decir la perfección?- y quien ahí está de cuerpo presente en esa carrera de continuas derrotas, de pequeñas muertes cotidianas, es el artista, y muy en especial, es el poeta honesto, el poeta civil: un artista responsable de su vocación, sin estridencias pero con tezón, sin trucos ni pirotecnia; es decir, un ciudadano en tareas dignas encargadas por la sociedad, al tiempo que pendiente y honesto con su vocación,

Este es un libro de un poeta civil hecho y derecho, uno que cree que la poesía es “un oficio en que las palabras han de cumplir con la verdad, con el conocimiento, con el solidario abrazo entre iguales”, como afirmó Monge en una crónica titulada “El poeta civil”, en la cual, ante el bardo altanero o ávido, pitoniso o payaso, él se define civil, “sin otra pretensión que hacer de las canciones una fiesta verbal y una oferta civil, humanista y humanitaria de la historia presente”. Este es el poeta que puede aconsejarnos con madurez:

A veces olvidamos que la vida es un viaje,
un repentino tránsito de historias:
libélulas en la bruma,
azarosas, furtivas.
Conviene, pues, salir al descampado,
rendirse a la hermosura,
despejar las palabras de su olor a naufragio,
y domar el espanto (22).

Domar el espanto. Quedan estos versos martillando nuestro recuerdo, como un programa: salgamos al descampado, rindámonos a la hermosura, aprendamos a domar el espanto. Estos son los llamados de un poeta maduro que sabe muy bien lo que dice, en este y en todos sus poemas, en uso de un lenguaje de creador original, iluminante pero sobrio; “libro lúcido y luminoso de menos de 100 páginas, que contiene algunos de los más sustanciosos hervores que hayan salido de la lenta fragua poética de este país”.

Hay una maravilla particular de la poesía, de la literatura, que nos salta, de pronto, de entre las páginas felices de este libro; quiero decir: en la Roma del siglo primero antes de Cristo, Horacio escribió un poema que comienza con estos versos que llegarían a ser de sobra conocidos:

Beatus ille, qui procul negotiis,
 ut prisca gens mortalium,
 paterna rura bubus exercet suis...

(Feliz aquel que, sin negocio alguno, / como los hombres de antaño / los campos paternos con su yunta labra...)

Se dice que la idea ya la había expresado Virgilio, un par de décadas antes, en versos de sus *Geórgicas*, y que éste la había aprendido del griego Teócrito, en uno de cuyos idilios fue el concepto insinuado, hacía ya unos 300 años. Si no todos recordamos al erudito agustino fray Luis de León, sí todos recordamos estos versos suyos:

¡Qué descansada vida
 la del que huye el mundanal ruido,
 y sigue la escondida senda, por donde han ido
 los pocos sabios que en el mundo han sido!

Tales versos, escritos hacia 1556, en pleno Renacimiento español, hicieron renacer, en efecto, la poesía de Horacio; la hicieron venir 1500 años para instalarla en el castellano nuestro de cada día. Siglos después, en América, fue Andrés Bello el primero que gustó de tratar el tema, de pulir la imagen de una vida campesina sobria, ejemplar y productiva y, en esa decencia, encontrar una existencia muy superior a la que crea la necia ambición mercantil de las ciudades.

No pongo en comparación a ninguno de estos poetas; simplemente aludo a la maravillosa y cambiante persistencia de los creadores y de la poesía, a las posibilidades de su ductilidad. Ahora Carlos Francisco Monge nos entrega un poema titulado con el verso de Horacio: *Beatus ille...* Pero aquí el campo ya no es el bien, ni la ciudad, el engaño: el espacio del bien o del mal son el interior del ser, sus dudas, sus momentos fugaces, sus enigmas:

Dichoso quien comprende
 que la nada es la nada;
 que no hay aquí y allá; sombra o luz,
 penumbra o cegadores resplandores. Nada
 [...]
 Dichoso aquel que sabe
 si el tiempo es transcurrir, o catarata
 que entre la espuma nos envuelve y cae;
 quien conoce la ruina, y conjetura;
 quien advierte, adivina, reconoce (29).

Sí, feliz aquel que tiene las respuestas (o presume tenerlas: ¡qué importa!) El verdadero poeta está para mofarse de aquellos pitonisos; está para sembrar las dudas, para hacer las preguntas: las duras preguntas que conciernen a la enigmática presencia fugaz del ente humano sobre la faz de la tierra. Eso es suficiente.

Por otro lado, ese poeta está, a veces, por feliz desgracia, para expresar el dolor profundo, como ha sido tarea de la mejor lírica desde los tiempos de Safo y Píndaro. Y, al respecto, hay aquí en este libro cuatro poemas que expresan con la fuerza de un torrente de emoción el lamento del hijo ante el padre herido de muerte: son las “Coplas a la suerte de mi padre”, las que, otra vez, milagros de la poesía, retoman de la inspiración del famoso poeta medieval el canto más sentido por el ser de ese padre que se va perdiendo poco a poco en la noche eterna del más allá. Aunque de *suerte* a *muerte* varía solo una simple consonante, el dolor de esos hijos es el mismo.

Jorge Manrique había escrito en 1476, en el silencio de las noches que siguieron al deceso de su padre, aquella elegía inmortal que comienza por “Las vidas son los ríos que van a dar a la mar / que es el morir...”. Esa es la apertura del célebre canto del hijo angustiado que ve caer para siempre a su adorado padre; Manrique recuerda al suyo como un guerrero ilustre; Monge, como a un bailarín insigne:

era un cuerpo encendido de minués,
un zapateado, un mambo, una alegría
por habitar el juego de la noche sin niebla.
Era un cuerpo locuaz,
un pequeño palacio de secretas solanas,
un jazmín sin el miedo de la quietud helada,
un vestíbulo vasto
donde el pulso azulado del tiempo se cernía (61).

Por este detallado afecto es inevitable que el recuerdo se transforme en llanto; ahora, dolor de hijo ante un padre paralizado, extraviado en las brumas de la enfermedad:

No sé si estás a punto. No lo estoy
solo quiero, si pudiera ayudarte,
comprender tu penumbra, conocer sus figuras,
y amarte con tu nombre y tu miseria,
con tus fieras palabras inflexibles,
pero suaves y justas para mí para siempre (66).

La poesía nunca dejará de ser ese cardumen de palabras en movimiento, aptas para el dolor o la alegría, y su escritura, un misterio cuyos reflejos plateados avistamos a ratos bajo el agua, sobre todo cuando el poeta mismo nos guía la mirada. No podían, pues, faltar en este libro, inteligente y sensible, versos acerca del arte de escribir poemas. Son cuatro, en efecto, las composiciones sobre ese fin. Un par de reflexiones sobre ellas: primero, me parece que a lo largo del libro se va formulando una poética muy acorde con la materia y la forma de los poemas y, segundo, esas propuestas responden por igual a la imagen de un poeta en concordancia con su persona: escritor y obra se reconocen en abierta semejanza; este es el lenguaje acorde, en los versos limpios de un poeta civil.

Mucho mejor lo ha sintetizado así Octavio Paz (45):

El poeta no escoge sus palabras [...] Cuando un poeta encuentra su palabra, la reconoce: ya estaba en él. Y él ya estaba en ella. La palabra del poeta se confunde con su ser mismo. Él es su palabra. En el momento de la creación, aflora a la conciencia la parte más secreta de nosotros mismos. La creación consiste en un sacar a luz ciertas palabras inseparables de nuestro ser. Esas y no otras. El poema está hecho de palabras necesarias e insustituibles.

De su poética, repito, interesa primero, la noción de trabajo: “Los poemas se escriben sin rencor, / como amasando el pan, procurando que el tiempo no se embriague en exceso...” (53); segundo, los componentes del poema, a modo de punzante recetario: “Ingredientes: deseos, / fantasmas y fervores, / un piquín de tristeza, / tres gotas, por si acaso, de alegría, / dos chistes, un clavel, / un candil con historias, / la pluma y la hoja en blanco” (90). Y sobre la vocación, la inspiración, se dice lo siguiente: “Los poemas merecen la fiebre y los fantasmas; / las sirenas, los túneles, / el lejano latir de un can que nos acosa / por costumbre y no cesa. /

Siempre vuelven y acechan / las furias y las penas, / como duras tenazas, / como filtros de amor, / como palabras” (54).

Estas son las palabras de un escritor nacional quien, situado en una rica tradición lírica, marca hoy, con este libro, un punto de excelencia en el trayecto de la poesía de Costa Rica.

Bibliografía

Bolaños, Gerardo. 2002. “Caudales de la poesía”. *Revista Dominical*. En *La Nación*. 1 diciembre: p. 31

Monge, Carlos Francisco. 2002. *Enigmas de la imperfección*. Heredia: Editorial de la Universidad Nacional.

2003. “El poeta civil”. *Campus* (Universidad Nacional, Heredia). Abril: p.19

Paz, Octavio. 1973. *El arco y la lira*. 3a. ed. México: Fondo de Cultura Económica.